

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 7, Diciembre 1998

La nueva narrativa chilena

José Rodríguez Elizondo

pp. 7-12

La nueva narrativa chilena

José Rodríguez Elizondo

PARA referirme a la nueva narrativa chilena, parto de una hipótesis básica: si la narrativa refleja las vivencias de los autores de una manera más cercana o transparente que otros géneros —como por ejemplo, la poesía—, ella debe necesariamente potenciarse en el Chile contemporáneo, porque dentro y fuera de Chile sucedieron cosas que nos afectaron profundamente. Chile, por ejemplo, vivió las últimas décadas previas al golpe del '73 como un laboratorio político de primera magnitud. Distintos regímenes se sucedían, con diferentes planteamientos sociopolíticos y socioeconómicos. Desde el liberalismo más o menos proteccionista de Jorge Alessandri hasta, con Eduardo Frei Montalva, la primera experiencia gobernante de una Democracia Cristiana en América Latina. Desde la Revolución en Libertad de Frei hasta la Revolución Socialista, o con vistas al socialismo, de Salvador Allende, apoyada por partidos de ideología marxista-leninista que habían triunfado electoralmente. Todo ello hizo que Chile viviera una experiencia política singular a nivel mundial.

Asimismo, el impacto hemisférico de la Revolución Cubana de 1959 fue muy potente en Chile, como también lo fueron grandes fenómenos, a nivel mundial, tales como el desprestigio del socialismo real en las izquierdas, con sus dos vertientes de descontento: el ultraizquierdismo, inspirado en el ejemplo de la revolución cubana y el eurocomunismo, que surgía como una disidencia dentro del marxismo-leninismo de estirpe soviética, con sede en importantes partidos comunistas de Europa, como el francés, el español y

el italiano. Paralelamente, los valores democráticos de Occidente sufrían un serio desprestigio debido a que la plenitud de la Guerra Fría entrampaba a los Estados Unidos en la Guerra de Vietnam, que fue para nuestra generación el equivalente de la Guerra Civil de España. Existía además, el apoyo a las “buenas” dictaduras y el repudio de las “malas”; es decir, había una selección pragmática, en virtud de la cual los dictadores de América Latina eran apoyados porque eran dictadores anti-comunistas.

1. — Propongo una periodización dual para el procesamiento literario de estas grandes experiencias: Primero, un **Período de acumulación de vivencias**, que transcurre entre la revolución cubana y el golpe del '73. Segundo, un **Período de producción**, que se inicia en el '73, y durante el cual comienza realmente a procesarse, a perfilarse, esta nueva narrativa chilena.

La característica básica del período de acumulación fue la pasión política concebida como elemento intrínseco de la vocación literaria. Nuestro poeta máximo, Pablo Neruda, marcó el rumbo a los narradores con su *Canción de Gesta*, homenaje a la Revolución Cubana, que se inicia con los famosos versos “Fidel, Fidel, los pueblos te agradecen / palabras en acción y hechos que cantan / por eso de lejos te he traído / esta copa del vino de mi patria”. Era la lírica puesta al servicio del gran impacto político de la Revolución Cubana en América Latina. Por cierto, también existía un poeta capaz de contrarrestar la imaginación ingenua de Neruda: Fue Nicador Parra, quien publicó en ese período *Artefacto poético*, en el cual decía

Actual Embajador de Chile en Israel. Escritor, periodista, abogado, crítico de arte y profesor universitario. Cuenta con trece libros publicados sobre filosofía, jurisdicción, ciencia política, reportajes, ensayos y ficción; entre estos últimos, **Vargas Llosa: Historia de un doble parricidio**, **Por no matar al general** y **La pasión de Iñaki**.

“la izquierda y la derecha unidas no serán jamás vencidas”, creando así una distancia irónica respecto de esa desatada pasión política.

En ese período acumulativo, los narradores establecidos ya se percataban de que “lo político” era el soporte necesario de las novelas y cuentos que estaban concibiendo o escribiendo. Los escritores reconocidos escribían sobre ello en pulcro estilo realista. Guillermo Atías, con *El tiempo banal*, lanzaba una novela sobre la primera experiencia del Frente Popular en América Latina, surgida de una precoz izquierda gobernante en los años '30-'40. Fernando Alegría, un gran novelista, actualmente radicado en los Estados Unidos, escribía *Mañana los guerreros*, relatando un hecho de sangre ocurrido en Chile en los años '30, en el que murieron decenas de jóvenes nazistas. Enrique Lafourcade, otro escritor establecido, publicó *Frecuencia modulada* y *Los terroristas*, con la temática política de los años '60. Por otra parte, José Donoso, escritor vinculado al célebre “boom” de la novela latinoamericana de los '60, escribía en esa época, en oscura clave alegórica, la mejor novela de la historia de la narrativa chilena, *El obscuro pájaro de la noche*. Por cierto, también estaban los que Neruda había denominado “los Poetas Celestes”. Aquellos escritores que, por no preocuparse de las contingencias políticas y poseer una orientación puramente literaria, eran considerados “bichos raros”. Entre ellos, José Luis Rosasco, escribiendo siempre sobre su infancia, su adolescencia en la Plaza Nuñoa; Antonio Skármeta, el futuro autor de *El cartero*, quien en esa época era un joven cuentista que prometía un esplendor futuro.

2. – Naturalmente, el 11 de septiembre de 1973, como enuncia la canción de Julio Numhausen, “todo cambia”. Por ello, no es extraño que también cambien los escritores. Los que quedan en Chile no pueden escribir libremente porque domina una censura férrea. Los que se dispersan por el mundo no pueden escribir libremente porque son prisioneros de sus pasiones: la del rencor, del odio a la dictadura, de la

autorecriminación por haber perdido un país. En este contexto, la tendencia literaria inmediata es la **absolutización de lo político**. Ya no se concibe a lo político sólo como uno de los temas de la narrativa, sino como el contenido absolutamente monopólico de la misma, lo cual, necesariamente, tiende a subordinar lo estético, lo artístico, lo literario.

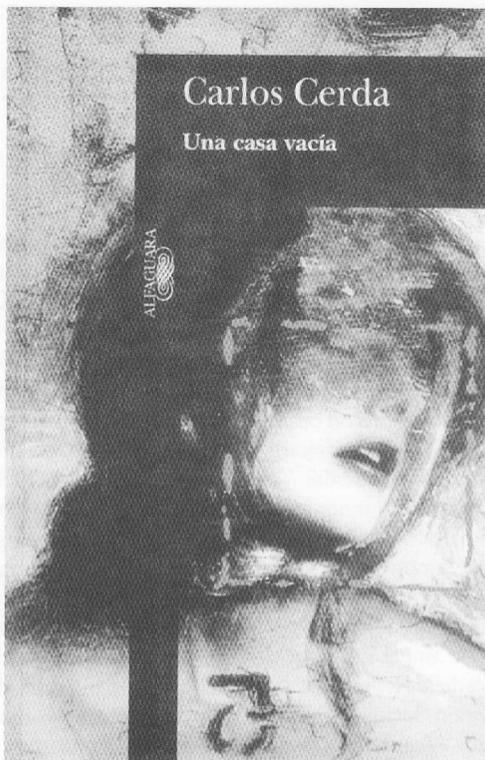
La literatura es concebida por los escritores inmediatos a la caída de Allende como un arma arrojada.

El contenido de los libros es, esencialmente, la experiencia y la certeza de los vencidos, como prólogo al ataque a los vencedores. Es decir, surge un mundo en blanco y negro, con el ajuste de cuentas, los malos fascistas contra los buenos revolucionarios. A grandes rasgos, este es el esquema maniqueo que nos recuerda lo que sucedió en la literatura de otras épocas, cuando, por ejemplo, frente a la emergencia del nazifascismo, el famoso dramaturgo Bertold Brecht, cuyo centésimo nacimiento se está conmemorando en el mundo, escribió para la posteridad: “¿Qué tiempos son estos en los cuales hablar sobre árboles es casi un

delito, porque implica el silencio de tantas fechorías?”.

Ese es el pensamiento que impulsa al narrador chileno en la época inmediata al post-golpe. Pensamiento equivalente al de Neruda en *España en el corazón*, en el que el poeta, emocionado por los hechos de sangre que ve en la Guerra de España, nos increpa: “Preguntaréis ¿y dónde están las lilas? / ¿Y la metafísica cubierta de amapolas? / Venid a ver la sangre por las calles”.

3. – La narrativa que reinaba en Chile en esa época era, entonces, una narrativa de denuncia, a través de la cual los escritores contaban experiencias reales que parecían ficticias. A todos los chilenos les han ocurrido experiencias que son de novela, lo novelesco estaba en la calle, en lo que había pasado y seguía ocurriendo en el país. La tentación residía, precisamente, en que no era preciso inventar. Los contenidos básicos de esa narrativa estaban en todas partes;



bastaba con escribir y dar testimonio. Y eso constituye un rasgo característico de esa época: todos narran. Los chilenos dejan de ser poetas y pasan a ser narradores. Antiguos literatos, nuevos literatos, poetas y ensayistas reconvertidos, dirigentes políticos que escriben sus memorias en tono narrativo, asumiendo un realismo terriblemente violento. Entonces, uno recuerda aquella frase de Disraeli: "Cuando deseo leer una novela que me guste, la escribo yo".

Por cierto, hay algunos nombres rescatables, más por lo que van a significar posteriormente que por la calidad de su escritura de entonces. Por ejemplo, Carlos Cerda, miembro del Comité Central de la Juventud del Partido Comunista, exiliado en la República Democrática Alemana, quien había escrito un "ortodoxo" ensayo sobre los principios del leninismo, titulado *El leninismo y la victoria popular*, además de numerosos artículos de tesis políticas para Conferencias y Congresos. Cerda se revela como escritor de cuentecitos funcionales para la situación que se estaba viviendo en el exilio. Recuerdo especialmente uno que se llamaba "Pan de Pascua", escrito en homenaje al secretario general del Partido Comunista Chileno, Luis Corvalán. Un relato más bien mediocre, que traigo a colación porque su autor, liberado de las obediencias políticas, hoy se ha ganado una excelente reputación como escritor.

En Chile, sigue produciendo Enrique Lafourcade, quien llega a escribir una novela *sdmizdat*, o sea, distribuida en artesanales copias mecanografiadas y fotocopiadas, como hacían los escritores disidentes de la Unión Soviética para burlar la censura. Esa obra se llamó *El Gran Taimado*, era una sátira sobre la situación del momento, la que, como él mismo reconoció, era de poco nivel. Más impactante fue una obra de Hernán Valdés, titulada *Tejas verdes*, la cual constituyó la primera versión narrativa y autobiográfica de un preso político en un campo de detenidos. Ese libro tenía un fuerte dejo *malrauxiano* que recuerda a *El tiempo del desprecio*; poseía algo muy valioso que, lamentablemente, no ha sido rescatado por la crítica chilena.

Apareció también un libro de José Leandro Urbina, un exiliado en Canadá, que puede considerarse el precursor de la anti-épica del exilio. Es decir, el exilio con una dosis de picaresca, tal como se daba en sectores de la vida real, dejando de lado las grandes motivaciones. Era también un atisbo de lo que vendría posteriormente. Asimismo, cabe mencionar a Jorge Edwards, quien escribió una novelita sobre exiliados chilenos en la Alemania comunista, *El anfitrión*; una alegoría sin mayor brillo, que sometía al Mefistófeles de Goethe al tratamiento mágico-realista de García Márquez. Esta obra mereció alguna atención porque Jorge Edwards es un gran cronista y ya tenía mucho prestigio, sustentado en libros anteriores.

4. – Pero la mayoría de estos libros "no calificaba", como se diría en términos deportivos. Su material político no había sido elaborado con el arte de un Neruda o un Brecht. Se leían en cenáculos, no existían para los chilenos del interior y la crítica no los mencionaba. Hasta que sucedieron dos grandes hechos posteriores al '73: el plebiscito chileno de 1988 y el proceso conocido como "la caída de los muros", el cual empezó y se internalizó en el año 1989.

Estos dos grandes procesos afectaron a los chilenos, especialmente a los de izquierda, planteándoles un fenómeno muy importante, en virtud del cual el narrador chileno, junto con toda la clase intelectual chilena y todos aquellos que participaban en la política, se dieron cuenta de que en la política también existía la misma ambigüedad profunda que existe en la vida normal. Se dieron cuenta de que la realidad no era simple. Más grave aún, se dieron cuenta de que la realidad **nunca había sido simple**.

Por ejemplo, recién entonces se percataron de que también hubo "pueblo" apoyando el golpe. El plebiscito de 1988 mostró que cerca de un 39% de la población había votado en favor del régimen del General Pinochet. Se dieron cuenta también de que "la patria del proletariado" que existía en la Unión Soviética era un mito que se deshizo como se deshace un castillo de naipes. Se percataron de que el estalinismo no estaba muerto y de que el informe de Nikita Kruchov que denunciaba lo que hoy llamaríamos "violación de los derechos humanos por parte de Stalin" y había sido un hito importantísimo en la historia del socialismo soviético, estuvo muy lejos de derribar al estalinismo. En resumen, las izquierdas chilenas captaron que los regímenes del socialismo real, que habían admirado con mayor o menor espíritu crítico hasta la época del gobierno de Salvador Allende, eran bastante oprobiosos.

Sobre estas bases se levantan las tres plataformas que van a determinar la sensibilidad de los nuevos narradores chilenos:

Primera: La persistente caducidad de las ideologías cosmogónicas modernas. Ya se había producido la caída del nazifascismo en el mundo; la caída de los muros marcó la decadencia del marxismo-leninismo, la otra gran concepción global del universo.

Segunda: La renovación de las izquierdas. Estas ya no pudieron seguir pensando en apoyarse en las murallas que se habían derrumbado. Tuvieron que asomarse a la realidad, aceptarla y procesarla superando los mitos.

Tercera: El proceso de transición a la democracia en Chile, equivalente a lo que he denominado en un ensayo "la democracia escarmentada". En este proceso participarían todos los que querían que Chile volviera a ser democrático, recuperara el camino de

la coexistencia interna pacífica y seguiera progresando en paz y en unidad nacional.

5. – El impacto que tienen estos cambios en la narrativa es evidente: la narrativa futura ya será incompatible con los dogmáticos universos de izquierda y derecha. Es como si en un solo instante se hubieran experimentado el proceso de la quema de los libros de Tomás Mann en la época de Hitler y el del exilio de Soljenitsyn en la época de Brezhnev.

Como señala Milan Kundera en sus teorizaciones sobre la ficción, nuestros narradores aprenden que cada novela le dice al lector: “las cosas son más complicadas de lo que tú crees”. Ello implica la reconquista de la incertidumbre, el reconocimiento de que la realidad es ambigua y de que la literatura significa la libre organización de todos sus elementos. Por lo tanto, los escritores chilenos recuperan la teoría de la “verdadera ficción” y dejan de lado las coqueterías con lo político como tema monopólico. Retoma, de este modo, la hegemonía de la antigua invención; es decir, la imaginación en un contexto estético; una mentira o ficción que no tiene por qué estar dedicada sólo a lo político y cuyos personajes tienen que ser creíbles aunque la narrativa sea fantástica.

¿Por qué esta exigencia de credibilidad? Porque cuando un escritor configura un personaje en la novela, lo que está haciendo es configurar un **ego experimental**, un Yo que tiene que operar como si fuera de carne y hueso, no como una maqueta política o filosófica, al estilo de la dramaturgia de Jean Paul Sartre, en la que cada personaje era una ilustración del existencialismo.

En síntesis, al recuperarse la teoría de la narrativa se destruye el énfasis en el maniqueísmo y se vuelve a descubrir que en cada Quijote hay un Sancho, que en cada Sancho hay un Quijote. Después de todo, el cineasta Spielberg nos demuestra con su personaje Schindler que hasta se podría creer en la existencia de un “nazi bueno”. Lección que aproveché en mi novela *La pasión de Iñaki*, cuyo protagonista es un médico psiquiatra de un organismo equivalente a la

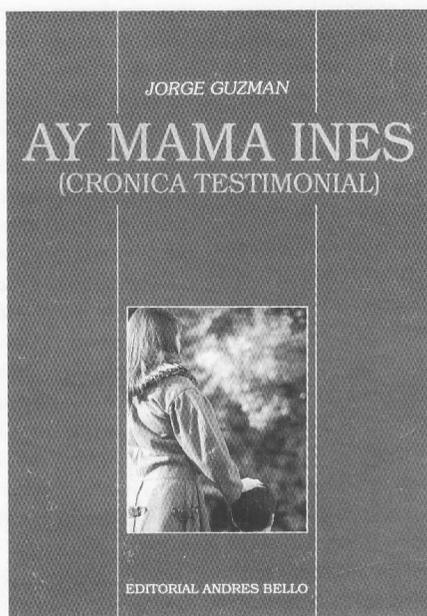
Esta configuración ejemplifica mi opinión de que la narrativa debe comenzar por ser literatura, y todo mensaje poético, ideológico o filosófico constituye parte del proceso de lectura, el cual requiere de personajes literarios verosímiles. La narrativa chilena tiene que asumir que su premisa tácita es la reconciliación de los chilenos a través de la lectura, porque si las cosas son más complejas de lo que los escritores creían antes, la reponsabilidad política de los chilenos tiene que ser necesariamente compartida; no existe responsabilidad unilateral.

Ello significa que Chile necesita a todos sus lectores, inclusive a los lectores militares. En términos de

literatura, se trata de la recomposición del escindido universo del lector, el cual es un reflejo de la escisión del Chile posterior al '73, que redujo dramáticamente el hábito de la adquisición de libros.

6. – Como en numerosos aspectos de nuestra narrativa, fue José Donoso quien mostró el camino. Donoso nunca cayó en la narrativa maniqueísta. En la misma época en que muchos de nuestros escritores se guían por la oposición “buenos vs. malos”, él escribió *El obscuro pájaro de la noche*. Luego, en la época de la politizada

producción post-golpe, publicó de una seguidilla tres novelas ejemplares desde el punto de vista de la función que cumple el escritor verdadero: *El jardín de al lado*, en la cual mostraba el exilio como material literario, y no la épica o la miseria política del exiliado. Donoso poseía una amplia ética del exilio, el exilio existía en él tal como es, como una terrible **experiencia humana** de castigo político, perpetrada en la historia desde la Antigua Grecia. Después publicó *La desesperanza*, que configura el exilio interior, aquello que estaba sucediendo en Chile cuando no se percibía una salida democrática, cuando no existían líderes ni partidos políticos capaces de ponerse de acuerdo, de unirse con una estrategia democrática común. Y luego produjo su obra magna de ese período, *Casa de campo*, otra gran alegoría como *El obscuro pájaro de la noche*, pero en este caso, una alegoría fantástica de la o las dictaduras, de carácter absolutamente universal.



Posteriormente, ya en plena transición democrática, con Patricio Ailwyn en el gobierno, madura la percepción de lo que ha estado en proceso y la nueva narrativa comienza a reflejarlo. Esta percepción se produce en un contexto de escritores que ya escriben libremente, sin censuras, que se han liberado internamente de los dogmatismos ideológicos, y de exiliados que han retornado y se han reinsertado relativamente en una sociedad que tampoco los recibe muy bien, porque Chile ha cambiado mucho. Es un contexto en el que comienzan a reensamblarse con dificultad las culturas del exilio y la interna –peyorativamente calificada por los exiliados “el apagón cultural” (grave error el de los exiliados, el pensar que sólo ellos producían cultura y que en Chile no había nada germinalmente valioso).

Esta nueva narrativa de “segundo tiempo” se produce en un escenario nuevo para los escritores: el de un mercado que ellos menospreciaban o fingían menospreciar y que nunca habían conocido en sus mecanismos más íntimos y profundos. Ese mercado posee un rol claro, que se traduce en un consumismo puro y duro, en virtud del cual la sociedad acepta algunos libros y rechaza otros, con una inmediata consecuencia en la política de las casas editoras.

Es así que se comprueba que los libros de denuncia de la época inmediatamente posterior a 1973 “no venden”. Las tiradas se acumulan y las librerías no los reciben. Además, los escritores descubren la necesidad de una publicidad que no pueden financiar con sus propios medios. En síntesis, en Chile el mercado dictamina que la narrativa de exiliados es una especie de subliteratura, similar a la ciencia ficción y a la literatura militante. Y pagaban justos por pecadores, porque también había buenas obras que se perjudicaron debido a la ostensible discriminación producida por los nuevos hábitos de lectura de la población y a cierto rechazo psicológico de la misma. Tal vez ejemplos más claros lo hayan ofrecido artistas de otros ámbitos, por ejemplo, de la plástica. Recuerdo que cuando Guillermo Núñez, un famoso pintor chileno, regresó del exilio en 1985, cargado de cuadros valiosísimos, montó una exposición y ésta no produjo repercusión alguna. Entrevistado por *El Mercurio*, confesó que esa experiencia fue muy violenta porque, según sus palabras, “sentí que todo lo que había estado tratando de hacer afuera era absurdo y que a nadie le interesaba. Había una especie de silencio en todas partes”. En base a ello, cabe preguntarse si mentía Jorge Luis Borges cuando afirmaba que “un caballero siempre defiende causas perdidas” y que “la derrota es estéticamente superior a la victoria”. ¿Por qué en el caso chileno nadie se interesaba por esa literatura de los derrotados?

Parte de la respuesta ya ha sido esbozada: por lo general, la narrativa de denuncia no era literatura.

Pero, además, en Chile pasó algo similar a lo que pasó en Alemania e Italia después de la Segunda Guerra Mundial: mucha gente no quería mirarse en el espejo. Sucesos muy terribles habían ocurrido en Chile y la reacción psicológica del público, tanto ante la literatura como ante las artes en general, era el escapismo. La gente prefería la diversión y no enfrentarse con las obras –ni siquiera las de calidad– que le planteaban los puntos conflictivos de los años terribles. Así fue como Ariel Dorfman montó *La muerte y la doncella* en un teatro de Santiago y luego de una semana tuvieron que dejar de presentarla porque nadie le concedió la menor importancia, ni la prensa ni la televisión. La obra tuvo, en cambio, un éxito pleno en Broadway, Polansky la filmó y el filme fue candidato al Oscar.

7. – Actualmente, en Chile están “posicionados”, para emplear un término de *marketing*, muchos escritores nuevos y viejos, la mayoría excelentes. Entre ellos puede citarse a Carlos Cerda, el autor de “Pan de Pascua”, ese cuentecito que mencioné, convertido ahora en un típico izquierdista renovado y autor de dos grandes novelas: *Morir en Berlín* y *Una casa vacía*. Considero más importante la segunda que la primera, pero ambas poseen vuelo y vigencia universal. Carlos Franz, un chileno que no ha estado en el exilio, acaba de publicar una soberbia novela titulada *El lugar donde estuvo el Paraíso*, la cual fue finalista del Concurso Planeta. Gonzalo Contreras, quien, entre los nuevos literatos profesionales, es el más reconocido por la crítica y visitó Israel hace muy poco, ha publicado dos importantes novelas: *La ciudad anterior*, de estirpe camusiana, narrada en cámara lenta, con muchos procesos internos que el buen lector va adivinando, y *El nadador*.

Entre los viejos narradores “renovados”, se encuentra Jorge Guzmán, con una novela brillante, aunque de título inadecuado: *Ay Mamá Inés*, que no es un libro sobre la rumba y otros sonos tropicales, sino el equivalente chileno de *El nacimiento de una nación*, la gran película de Griffith. La del desafortunado título es Inés de Suárez, la primer mujer española que llegó a Chile.

Otro autor notable es José Miguel Varas, ex director del diario comunista *El Siglo*, periodista de cepa, la voz que estaba a cargo de las emisiones de Radio Moscú durante el régimen del General Pinochet. Desde que volvió al país y asumió todo lo que había pasado con las izquierdas, Varas se renovó y publicó unos diez libros, entre ellos dos excelentes: uno de cuentos, *Exclusivo*, y una novela, *El correo de Bagdad*. Eduardo Labarca, como Varas, ex-comunista y periodista, ha escrito una novela breve notabilísima, que nadie lee ni conoce en Chile, *El turco Abdala y otras historias*. Obra que sólo tiene parangón con la primera novela corta de Vargas Llosa, *Los cachorros*.

Lastimosamente, el libro no ha tenido éxito comercial porque fue publicado en una época mala y una editorial insignificante. Aleccionado por esa experiencia, Labarca publicó recientemente en España, en la editorial Muchnik, una novela histórica sobre Chile titulada *Butamalón*, de 415 páginas en formato grande, que ha tenido una excelente crítica en Europa, lo cual hizo que Chile lo recuperara y lo editara.

Contamos también con Hernán Rivera Letelier, autor de *La reina Isabel cantaba rancheras*, quien se ha ganado todos los premios posibles como novela, respecto de lo cual discrepo, puesto que considero que lo que él ha escrito son alegorías poéticas, algo intermedio entre la poesía y la narrativa. Roberto Ampuero, otro autor proveniente de la cantera comunista, exiliado en Alemania Democrática, de donde emigró a Centroamérica, escribe exitosas novelas policiales en la línea del español Vásquez Montalbán. La primera de ellas se llama *Quien mató a Christian Kustermann* y la segunda, *Boleros en La Habana*.

Otros nombres conocidos son los de Marcela Serrano, quien ha escrito *Nosotras que nos queremos tanto* y otras dos o tres novelas; Diamela Eltit, con *Vaca Sagrada*, Ana María del Río, con *Siete días de la señora Kan*; Arturo Fontaine, con *Oír su voz*; Alberto Fuguet, con *Mala onda*. Son autores que no he leído y que tienen mucho éxito comercial.

Finalmente, cabe mencionar a los novelistas consagrados fuera de Chile, como Isabel Allende, una *best-seller* a nivel mundial, y Luis Sepúlveda, autor de *El viejo que leía novelas de amor*.

8. – Uno de los aspectos problemáticos de la actual narrativa chilena es que, aunque los entendidos le otorgan un lugar privilegiado –Alfredo Bryce Echenique considera que es el movimiento literario más importante de América Latina; algo similar han dicho Tomás Eloy Martínez y Salman Rushdie–, los mercados europeos están cerrados para ella: En España no quieren, por motivos de mercado, que exista un nuevo *boom* de la literatura latinoamericana, pese a que saben que los autores contemporáneos tienen tanta calidad como los anteriores; rehuyen una competición con los grandes novelistas españo-

les actuales, tales como Luis Landeros, Antonio Gala, Antonio Muñoz Molina y Carmen Martín Gaité. Por ello, aunque existen los herederos de Cortázar, García Márquez y Vargas Llosa, ellos están encerrados en los segmentados mercados de sus respectivos países.

Otro aspecto que influye en el desconocimiento de la nueva narrativa chilena es la inexistencia de una crítica genuina. Lo que hay en Chile son, más bien, informadores con espacios reducidos, porque los medios de comunicación estiman que “la cultura no vende”. Sólo queda un crítico de categoría, el sacerdote Ibáñez Langlois, quien ya se declaró hastiado de la esclavitud de hacer críticas todas las semanas. Hoy sólo lee por placer, lo cual supone una producción crítica esporádica, por lo general en la *Revista de Libros de El Mercurio*.

Por lo tanto, los escritores en Chile estamos subordinados a los intereses del mercado, limitados por “el olfato” de las casas editoriales y desprovistos de críticos descubridores. En tales circunstancias, se entiende que el escritor peruano Alfredo Bryce, en un artículo que publicó en el ABC de Madrid, señalara: “Existe una envidiable producción literaria chilena que suele quedarse encerrada en las fronteras nacionales”.

Pero el aspecto más negativo de la actual situación de la narrativa chilena radica en la actitud de ciertos “especialistas” chilenos que, habiendo dejado de leer hace tiempo, fingen todavía ser grandes lectores y se permiten emitir afirmaciones como las siguientes: “Chile nunca ha sido y nunca será un país de novelistas. El único novelista chileno fue José Donoso”. A la luz de las novelas que se están publicando, estas afirmaciones no son más que una especie de lugar común que sólo subsiste debido a nuestro actual déficit de debate intelectual. Lo malo es que ese negativismo favorece a la corriente de quienes buscan el tonto entretenimiento de la televisión, denostando la nobleza de los libros. Lastimosamente, ello confirma la vigencia de la observación de La Bruyère: “Le es más fácil a un libro mediocre adquirir fama en virtud de la reputación ya conquistada por su autor, que a un autor desconocido conseguir celebridad con un libro excelente”.

